



Conversaciones del general José María Paz con el general José Artigas en el Paraguay

Universindo Rodríguez Díaz

Departamento de Investigaciones, Biblioteca Nacional



293

El tomo de *El Nacional* de 1884 con las entrevistas del general José María Paz al general José Artigas en Paraguay durante la Guerra Grande, mencionadas por Isidoro de María en su *Compendio de la historia de la República Oriental del Uruguay*, desapareció de los depósitos de la Biblioteca Nacional misteriosamente como lo registró Arturo Scarone en su estudio de la prensa periódica. Muchos años después, la Biblioteca consiguió algunos otros ejemplares encuadernados y en uno de ellos se halla el muy original relato de Uvano Cloni sobre el encuentro de los generales. Sin embargo, después de la consulta del profesor Óscar Mourat y de otros usuarios, en la década de 1960, este material también se extravió. En septiembre de 2000, buscando completar colecciones de la prensa periódica con Cristina Bello, de la sección Hemeroteca, logramos ubicarlo entre cientos de diarios no clasificados amontonados en un rincón del edificio de la avenida 18 de Julio. Desde entonces el artículo está a disposición de los investigadores, de los estudiantes y de los ciudadanos, nacionales y extranjeros, que pueden ponderar su validez e importancia para comprender mejor la actuación y el pensamiento de Artigas, Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres.



Artigas,
obra de
Francesco
Paolo Parisi.
Fotografía de
Nancy Urrutia.

El 25 de septiembre de 1884, unos días después del 34 aniversario de la muerte de Artigas, el cronista que firma Uvano Cloni publica una original nota en la que cuenta a los lectores de *El Nacional* que dos dé-

cadadas antes “en un hermoso día de primavera” viajaba en un ómnibus del Centro de Montevideo a La Unión y fue testigo de la conversación entre Lorenzo Justiniano Pérez (presidente del Senado) y José María Paz (general argentino unitario que colaboró con el gobierno de la Defensa contra Manuel Oribe). Según el cronista, el general le contaba al legislador uruguayo la importancia y las particularidades de las dos conversaciones que mantuvo con Artigas en Asunción en el año 1846. De acuerdo a Paz, el general Artigas en su humilde vivienda le había manifestado su preocupación por la situación interna uruguaya y su firme decisión de no volver: “¿Será posible –me decía– que no puedan entenderse unos con otros, los orientales? ¡Oh, esto es horrendo! Me ha dicho usted, general Paz, que hay extranjeros con unos y con otros. Está bien. Pero, ¿cómo es que se entiendan con éstos y no se entiendan con los suyos propios?”

La relación de blancos y colorados con sectores extranjeros desconcertada y entristece a Artigas, que al final de su primer encuentro con el general Paz dice preferir “la muerte aquí, a vivir en mi tierra”.

Al otro día, según el relato de Uvano Cloni, volvieron a encontrarse los generales y montados en caballos aprontados por Ansina hicieron una cabalgata. La ocasión fue propicia, cuenta el general Paz, para que Artigas abordara otro aspecto central del ideario que compartía con el colectivo que lo acompañó durante su gobierno: la cuestión de la federación y su pelea contra “los manejos tenebrosos del Directorio” y su centralismo, que por entonces “distaba solo un paso del realismo”. Artigas explicita su pensamiento y algunas de las influencias políticas y jurídicas recibidas:

Tomando por modelo a los Estados Unidos, yo quería la autonomía de las provincias, yo quería que fueran estados, y no provincias, lo cual se aviene mejor con el sistema confederado, dándole a cada Estado su gobierno propio, su Constitución, su bandera y el derecho de elegir sus representantes, sus jueces y sus gobernadores entre los naturales de cada Estado. Esto es lo que yo había pretendido para mi provincia y para los que me habían proclamado su protector.

Artigas finaliza expresando al general Paz su oposición a los que:

[...] querían hacer de Buenos Aires una nueva Roma imperial mandando sus procónsules a gobernar las provincias militarmente y despojarlas de toda representación política, como lo hicieron rechazando los diputados al Congreso que los pueblos de la Banda Oriental habían nombrado, y poniendo precio a mi cabeza.

En el momento en que aparece este artículo en *El Nacional* no había aún un reconocimiento a José Artigas como uno de los líderes de la re-

volución rioplatense. Las aguas estaban agitadas y divididas. Para algunos, Artigas era un caudillo rural, bandolero, contrabandista e ignorante. Para otros, era el líder carismático y sabio que supo conducir y tener muy en cuenta el sentir, los anhelos y las esperanzas del pueblo oriental y adaptar propuestas políticas y jurídicas a la realidad de estas tierras.

Como un aporte a la necesidad de información y reflexión en el Bicentenario de los Hechos de 1811, transcribimos en anexo la crónica de Uvano Cloni sobre las conversaciones del general Paz con el general Artigas. En las *Memorias póstumas del brigadier general don José M. Paz*, publicadas en 1855 a un año de su muerte, hay una breve referencia a su encuentro con Artigas sin hacer mención alguna a las cuestiones destacadas del pensamiento del Jefe de los Orientales contenidas en la crónica de Cloni:

El año 1846 he conocido al anciano Artigas en el Paraguay después de 26 años de detención ya voluntaria, ya involuntaria, y de donde es probable que no salga más. Tiene más de 80 años de edad, pero monta a caballo y goza de tal cual salud. Sin embargo, sus facultades intelectuales se resienten sea de la edad, sea de la paralización física y moral en que lo constituyó el doctor Francia, secuestrándolo de todo comercio humano y relegándolo al remotísimo pueblo de Curuguaty; el actual gobierno lo ha hecho traer a la capital, donde vive más pasablemente. Su método de vida, sus hábitos y sus maneras son aún las de un hombre de campo [35].





Entrevista del general Paz con el general Artigas en el Paraguay *

Uvano Cloni



296

Era un hermoso día de primavera, de la sexta década del presente siglo, no podemos precisar el día ni el año; pero fue por aquel tiempo en que, para eterno arrepentimiento, lección y ejemplo, encontrábanse a cada paso escombros y ruinas en el camino de esta ciudad a La Unión, y que producían un efecto penosísimo en el ánimo de los viajeros al recordar éstos que aquellos sitios, yermos y solitarios entonces, habían sido en otra época el asiento, si no de un pujante imperio, de una población laboriosa y floreciente; mientras que por aquel tiempo sombras funerarias de millares de víctimas parecía que giraban en torno de aquellas ruinas... En uno de los “ómnibus” que salió en aquel día, a eso de la una de la tarde, tomó el pasaje el que estos mal aliñados renglones escribe. A poco de andar notó éste que dentro de aquel mismo carruaje iban, entre otros pasajeros, dos personas muy distinguidas. En el momento en que se preguntaba a sí mismo ¿quiénes serán estos dos señores?, uno de ellos, aquel que con su brazo izquierdo tocaba su brazo derecho, le dirige la palabra al otro, que le quedaba *vis à vis*, como obedeciendo a un deber de urbanidad, preguntándole:


“prefiero la muerte
aquí, que vivir
en mi tierra”

—¿Es usted el señor Justiniano Pérez?

—Sí, señor —le contestó éste.

—¿Y podrá saber, a mi vez, con quién tengo el honor de hablar?

—Por qué no, soy el general Paz.

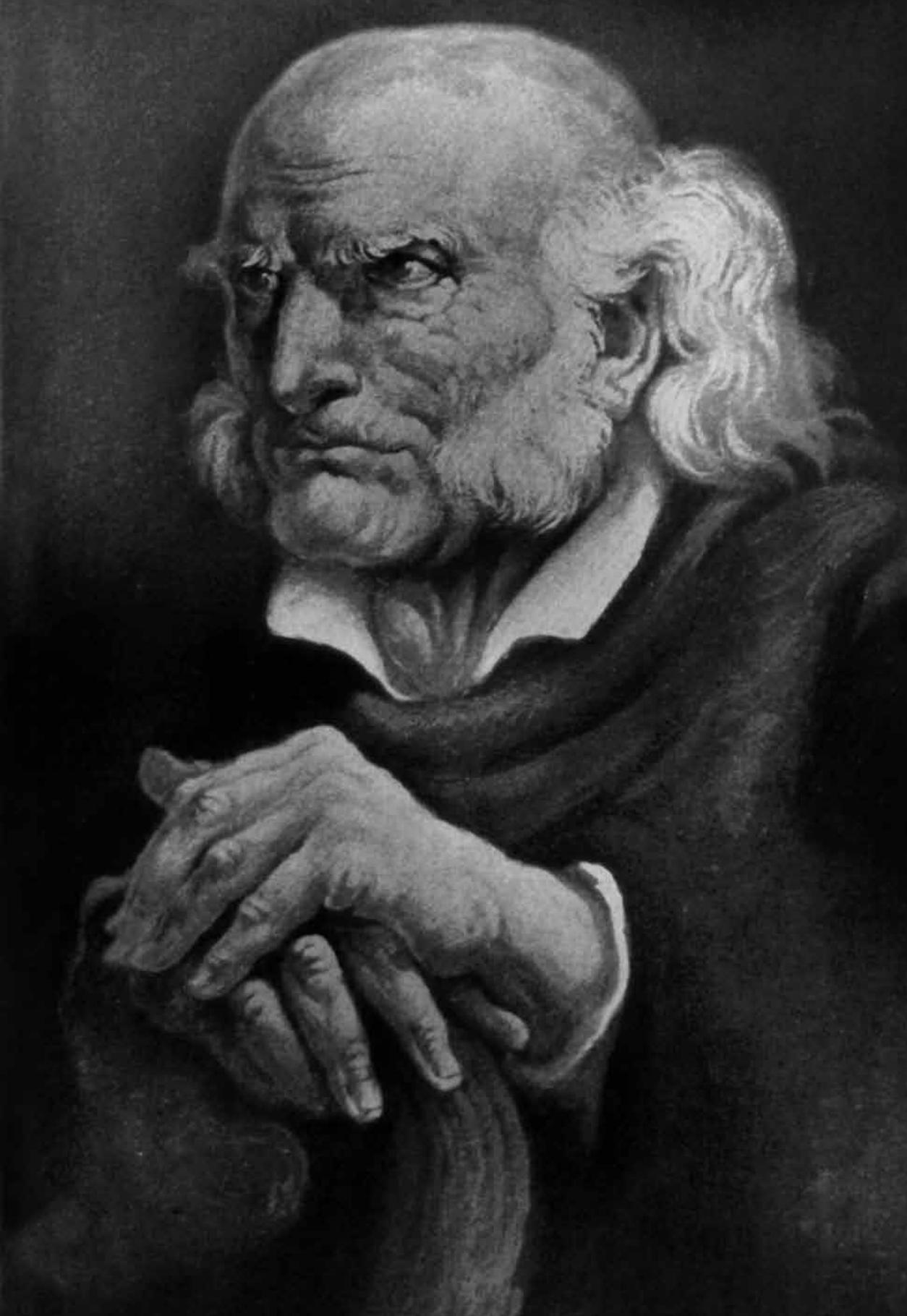
Enseguida se dieron la mano.

—Señor Pérez —dijo el general Paz—, creo que lo más agradable que podré decir a usted es darle noticias del general Artigas.”

—Efectivamente —repuso el primero—, tendré gran satisfacción en oírle.

—Después que terminé —dijo el general Paz— los asuntos que me

*El Nacional Montevideo Diario de la mañana, Jueves 25 de septiembre de 1884. Año II. Núm. 265 p. 1



llevaron al Paraguay, hace poco tiempo, creí que era mi deber no salir de aquel país sin ir antes a saludar y ofrecerle mis servicios al general Artigas. Tomé informes y fui en efecto a visitarlo a su residencia. Me encontré con un hombre verdaderamente anciano; pero en quien existía el más puro y sublime amor por su patria... Sólo tenía en su compañía a un negro, también anciano, que lo acompañaba desde tiempos remotos, y que me pareció ser oriundo de este país. Este negro hacía las veces de mucamo, cocinero, caballero y asistente del general, acompañándole cada vez que salía a paseo. A penas me había revelado a aquel venerable anciano cuando, entusiasmado, me asedió con preguntas. ¡Con qué atención oía, medía y pesaba mis palabras! Era una cosa verdaderamente edificante ver la animación y el rejuvenecimiento que recobraban de hito en hito aquel rostro y aquellos ojos. Parecía que concentraba todas sus fuerzas vitales en el sitio de la inteligencia, para manifestarme su angustia y su profunda tristeza por el estado de guerra en que se hallaban en aquel momento sus compatriotas. “¿Será posible –me decía– que no puedan entenderse unos con otros los orientales? ¡Oh, esto es horrendo! Me ha dicho usted, general Paz, que hay extranjeros con unos y con otros. Está bien. Pero, ¿cómo es que se entienden con éstos y no se entienden con los suyos propios?”

Para el general Artigas este punto era una cosa inconcebible, un misterio, una aberración. Él no podía explicarse cómo podían los orientales, con el ejemplo de la alianza de los escitas con los romanos, y la de los olmecas, toltecas o aztecas con Hernán Cortés, aliarse a extranjeros ambiciosos de su patria y relativamente más fuertes, para hacerse la guerra. “Esto, general Paz, me desconcierta, me entristece y me acibara la vida, a punto de preferir la muerte aquí, a vivir en mi tierra. Por otra parte, yo le he prometido al general Francia mi palabra de honor de no salir del Paraguay. Su gobierno ha tenido conmigo todo género de atenciones y hasta de acordarme una pensión. Felizmente hoy no la necesito, porque con los productos de esta chacra tengo lo suficiente para vivir, como usted lo ve, y hasta me permite hacer donativos a los pobres de mi vecindario.”

Efectivamente, señor Pérez, el general Artigas en su ostracismo atenúa los efectos de su nostalgia cultivando y haciendo la tierra; e imitando en esto a Cincinato era llamado en su comarca el Padre de los Pobres.

Por no hacer –dijo el general Paz– demasiada larga mi visita, le pedí al general Artigas me acordara otra para el día siguiente inmediato, a lo cual accedió gustoso, agregando que saldríamos a dar una vuelta a caballo por los contornos de la chacra.

Al siguiente día fui a la cita, para darle al general Artigas mi adiós, quizás para siempre... Al poco rato de mi llegada a su casa vino el negro diciéndole al general que los caballos estaban prontos.

“Muy bien –contestó éste, y dirigiéndose a mí me dijo–: ¡Ea, general, emprendamos la campaña!” En seguida le acompañé hasta fuera de la habitación dándole, como era natural, la derecha, lo que notado por él me dijo: “No use usted ceremonia”.

Estaba el general Artigas con las riendas en las manos, agarrando con éstas la crin; fue el negro y le puso el estribo en el pie, dio un salto el general y quedó arriba.

Acto continuo, entonando la voz la dirige a mí y me dice: “Ahora sí, general Paz; ¡que vengan portugueses, que vengan porteños!”

El general Artigas notó al momento que había alguna inconveniencia en esta última palabra y la corrigió diciendo: “No, que vengan realistas”. En el paseo, aunque someramente, algo se habló de política. El que había sido el primer jefe de los orientales y protector de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba habló en aquel momento, imitando con sus palabras el último canto del cisne.

Dijo: “General Paz, yo no hice otra cosa que responder con la guerra a los manejos tenebrosos del Directorio y a la guerra que él me hacía por considerarme enemigo del centralismo, el cual solo distaba entonces un paso del realismo. Tomando por modelo a los Estados Unidos, yo quería la autonomía de las provincias; yo quería que fueran estados y no provincias, lo cual aviene mejor con el sistema confederado, dándole a cada Estado su gobierno, su Constitución, su bandera y el derecho de elegir sus representantes, sus jueces y sus gobernadores entre los ciudadanos naturales de cada Estado. Esto era lo que yo había pretendido para mi provincia y para los que me habían proclamado su protector.

Hacerlo así habría sido darle a cada uno lo suyo, erigiendo al mismo tiempo un monumento a la diosa Libertad en el corazón de todos. Pero los Pueyrredones y sus acólitos querían hacer de Buenos Aires una nueva Roma imperial, mandando sus procónsules a gobernar las provincias militarmente y despojarlas de toda representación política, como lo hicieron rechazando los diputados al Congreso que los pueblos de la Banda Oriental había nombrado y poniendo a precio mi cabeza. El fusilamiento de José Miguel Carreras y el manifiesto de sus hermanos a los chilenos serán eternamente mi mejor justificativo”.

Llegado que hubo el ómnibus a La Unión, el general Paz y el señor Pérez se despidieron. Y el autor de esta narración, que no ha vuelto a ver ni a uno ni a otro de estos dos señores, ha conservado en la memoria las palabras del primero como un recuerdo imperecedero. Para terminarla agregará: nunca la historia será demasiado severa, por mucho que repruebe y estigmatice las veleidades y tendencias políticas de aquel célebre director; al menos la historia nacional.

La Banda Oriental fue sacrificada, diezmada y desmembrada por la

mano de un conquistador extranjero para saciar el odio de aquel Directorio contra Artigas. Mientras tanto, forzoso es reconocer hoy que el general Artigas tenía razón, desde que, después de medio siglo de guerra civil, la República Argentina ha adoptado su sistema político, si no completamente, como lo hará más tarde en su mayor parte. Artigas debe ser considerado como el Bayardo de América. Por defender el suelo donde había nacido, peleó contra los ingleses, españoles, argentinos y contra los portugueses, durante 14 años. Estos últimos, aprovechándose de la ocasión que le ofrecía el tener la Banda Oriental sus mejores fuerzas en el Perú, a las órdenes del general San Martín, de hallarse Artigas en entredicho con el gobierno de Buenos Aires, no teniendo escuadra ni elementos bélicos suficientes, y con solo reclutas ignorantes y pobres, sin instrucción militar ni alianza alguna, invadieron la Banda Oriental con tropas regulares, sitiándola por mar y tierra y contando además con el criminal consentimiento del Directorio de Buenos Aires... Artigas y los suyos pelearon como espartanos contra los portugueses, como lo declara o confiesa el mismo mariscal Saldanha. Eran tales el empuje y el valor de estos indómitos proclamadores *da liberdade*, dice en su memoria este mariscal, que cuando *“ganhavamos nos as batalhas, saíamos do campo, eu e os nossos, todos tingidos do sangue e molhos d’elles”*.

Los orientales somos hoy la víctima expiatoria del odio entrañable y tradicional del lusitano contra el castellano, y del odio de los Pueyrredones y sus acólitos contra Artigas. Ninguna de las repúblicas hispano-sudamericanas, limítrofes del Brasil, ha sufrido tanto las consecuencias de ese odio como la Banda Oriental. Véase un mapa geográfico de los terrenos al oriente del Uruguay y se convendrá en que la Banda Oriental tiene hoy apenas poco más de la mitad del área superficial que debería tener por derecho. Si Artigas hubiera vencido, la República Oriental del Uruguay tendría al presente 13 mil leguas cuadradas de territorio –que son las que corresponden por el Tratado Preliminar de Paz, celebrado entre las cortes de España y Portugal en 1777–, pero vencido Artigas, gobiernos de Portugal primero y los del Brasil después, han hecho de nuestra patria lo que han querido; sacando beneficio astutamente de nuestros extravíos políticos y de nuestra desunión.



- DE MARÍA, Isidoro. *Compendio de la historia de la República Oriental del Uruguay*. Montevideo, Imprenta de El Siglo, 1900.
- PAZ, José María. *Memorias póstumas del brigadier general don José M. Paz*. Buenos Aires, Imprenta de la Revista, Tomo 2, 1955.
- RAMÍREZ, Carlos María. *Artigas. Debate entre El Sud América de Buenos Aires y La Razón de Montevideo*. Montevideo, Imprenta y litografía La Razón, 1897.
- REYES ABADIE, Washington; BRUSCHERA, Óscar H; MELOGNO, Tabaré. *El ciclo artiguista*. Montevideo, Universidad de la República, Departamento de Investigaciones. Colección Historia y Cultura, 1969.
- SCARONE, Arturo. *Artigas y la Biblioteca Nacional*. Montevideo, Biblioteca Nacional, 1923.
- SCARONE, Arturo. *La prensa periódica del Uruguay*. Montevideo, Revista Nacional, febrero de 1944.